

sus alumnos. Además de pedagogo y hombre de ciencia fue un artista en el terreno de la literatura y la plástica y un humanista.

Desde su aislamiento en los institutos andaluces, Carandell estableció conexiones con las instituciones científicas nacionales y extranjeras de la época, con las que mantenía copiosa e interesante correspondencia; además, un conjunto de trabajos como sus traducciones, las notas de los congresos internacionales a los que asistió, las memorias de excursiones que escribió para el XIV Congreso Geológico Internacional, los reportajes de sus viajes por Inglaterra y los Alpes, etcétera, muestran su actividad intensa y algunos de los rasgos típicos de los mejores naturalistas de la época: interés por actualizar sus ideas y dar a conocer sus trabajos sobre España, la práctica del viaje como medio para asimilar los logros de los países visitados, etcétera.

Las aportaciones científicas de Carandell son clasificadas por el autor siguiendo dos criterios: cronológico y temático. En la primera clasificación, en función de las etapas de su vida establecidas por Solé Sabarís, distingue: la inicial o de formación, con aportaciones puramente geológicas; la de permanencia en el instituto de Cabra, dedicado al estudio geológico de la comarca y de Andalucía, con gran interés por el desarrollo de la teoría geológica, y la etapa final que se inicia con su acceso al instituto de Córdoba, orientándose a los estudios geográficos y geomorfológicos, sin abandonar totalmente anteriores tendencias. En la segunda clasificación, distingue aportaciones en los siguientes campos científicos: *Epistemología geológica* de la que no hace aportaciones personales pero sí una asimilación y divulgación de las modernas teorías geológicas; *Geología y Geomorfología españolas y especialmente del Sistema Central*, vinculado en Madrid a profesores de la Institución y el Instituto de Estudios Geológicos, realiza numerosos trabajos entre los que destacan los dedicados al glaciario, entrando en contacto por primera vez con Andalucía a través del estudio del glaciario de Sierra Nevada; *Geología y Geomorfología andaluzas*, empieza a aplicar la tectónica moderna a la interpretación del relieve andaluz, realiza numerosos estudios de morfología, fluvial y litoral, estudia las comarcas andaluzas desde las perspectivas geomorfológica y «antropogeográfica», y construye la primera síntesis bien estructurada del relieve andaluz; *Geografía Humana andaluza* en la que trata de conjugar los factores físicos, humanos e históricos, convirtiéndose en el gran geógrafo del naturalismo andaluz; *Geografía de Cataluña* de la que escribió su mejor monografía geográfica sobre el Bajo Ampurdán; por último

se señala la aportación que realizó en el conjunto de sus textos, pero especialmente en los dedicados a *viajes y excursiones*, a través de su obra *gráfica*, por la calidad y expresividad de sus dibujos y esquemas, además de las síntesis bien estructuradas y la aplicación del impulso institucionista al contacto educativo y formativo con la Naturaleza.

Los diversos enfoques y análisis de este libro constituyen, en su conjunto, una valiosa aportación a la historia del conocimiento geográfico, en el período en que éste se transforma de un saber erudito y meramente descriptivo, en un saber científico moderno. Los autores concuerdan en las claves esenciales de esta transformación, pero el abanico de aspectos y reflexiones que ofrece el conjunto de las conferencias, permite una visión amplia y matizada del citado proceso histórico.— CONCEPCIÓN SANZ HERRAIZ

*La geografía francesa de la época clásica (1918-1968)**

Sobre la escuela geográfica francesa de mediados de siglo disponíamos hasta ahora de la magnífica obra de André Meynier de 1969 y de algunos trabajos parciales más recientes. El libro de Meynier tiene la riqueza de percepción que confiere el conocimiento directo de los hechos pero, al mismo tiempo, la interpretación se hace desde demasiado dentro y carece de perspectiva para el momento final que estudia¹. Otro texto que a mí me resulta muy esclarecedor es el de Marie Claire Robic sobre la geografía regional del período de entreguerras mundiales y su crisis de los años cincuenta, contenido en un libro de más amplio horizonte temporal dirigido por la autora². Por su parte, Numa Broc propuso en 1993 una radiografía del medio social, cultural y profesional de los geógrafos de 1918 a 1939³.

* CLAVAL, Paul et SANGUIN, André-Louis (Dir.) (1996): *La Géographie française à l'époque classique*, Paris, L'Harmattan, Col. «Géographie et Cultures», 346 págs.

¹ MEYNIER, A. (1969): *Histoire de la pensée géographique en France (1872-1969)*, Paris, Presses Universitaires de France.

² ROBIC, M. C. (1992): «Milieu, région et paysage géographique: la synthèse écologique en miettes?» en ROBIC, M. C. (Dir.): *Du milieu à l'environnement. Pratiques et représentations du rapport homme/nature depuis la renaissance*, Paris, Economica, 343 págs.

³ BROU, N. (1993): «Homo Geographicus: radioscopie des géographes français de l'entre-deux-guerres (1918-1939)», *Annales de géographie*, 571, págs. 225-254.

Faltaba una obra con ambición de presentar una visión a la vez completa y detallada así como una interpretación de conjunto de los cincuenta años que van desde el final de la primera guerra mundial hasta la crisis de 1968. El libro dirigido por Paul Claval, profesor de la Universidad de Paris-Sorbonne y director del laboratorio *Espace et culture*, y por André Louis Sanguin, de la Universidad de Angers, trata de llenar esa laguna. Recoge los textos de las intervenciones realizadas en un coloquio celebrado en la Sorbona en marzo de 1992, coordinados y organizados por Colette Fontanel, miembro del mencionado laboratorio. El resultado es un libro denso, plural, de organización ágil y lectura sugerente.

Bien conocida es de los geógrafos españoles la diferenciación que hace Meynier entre un «tiempo de la intuición», hasta la segunda guerra mundial, y otro, tras ella, de «los resquebrajamientos» (*craquements*). Para Pinchemel, hay en esta época una etapa «a la sombra de Vidal» (hasta la aparición en 1927 del primer volumen de la *Géographie Universelle*) y otra de «geografía establecida»⁴. Robic distingue entre una época de monolitismo doctrinal en el período de entreguerras y otra de búsqueda de la renovación en un contexto de «crisis de causalidad». En suma, parece existir un cierto acuerdo en cuanto a tendencia y periodización.

Claval y Sanguin recuperan esta distribución temporal y la diagnostican de modo más rotundo: de «*la leyenda dorada*» de la época de entreguerras, en que predominan los aspectos positivos, a «*la leyenda negra*» en que la disciplina se muestra incapaz de renovarse en un mundo que cambia muy de prisa, por lo que pierde parte de su audiencia.

«Antes de 1939, la posición triunfalista de la geografía francesa no la predisponía a escuchar a las restantes. Después de 1945, aislada porque sigue viviendo de la herencia vidaliana, no supo importar conocimientos externos. Se puede seguir caracterizando, hasta 1968, a la geografía francesa como naturalista, monográfica, morfológica, literaria y didáctica.» (pág. 10).

Los estudios incorporados al libro que comentamos matizan mucho este juicio, pero no lo desmienten. Sí contribuyen a aclarar cuestiones por la doble vía que a estas alturas es indispensable para hacer historia de la ciencia y de las ideas: por un lado el contexto sociológico que presenta una disciplina institucionalizada, en la que se da una *simbiosis entre carrera docente y desarrollo disciplinar*, de modo que los concursos a la

«agregación» y a los puestos universitarios determinaron los ritmos de trabajo, fijaron rigideces de método y desencadenaron estrategias de escuelas o capillas cuyos dinamos internos gravitaron sobre la evolución global. Por otra parte, una lógica del discurso geográfico, en la que «*prevaleció el interés por acumular resultados*», encerrando a los geógrafos en un *empirismo que hacía difíciles los replanteamientos* de concepto y método».

Los directores de la obra proponen dos esquemas iniciales de protagonismos, sedes y temas que los estudios contenidos en el libro contribuyen considerablemente a enriquecer. El primero es el de una *troikización* de la geografía francesa tras la muerte de Vidal que habría restringido de hecho el aliento global de éste: por un lado una cierta autonomía de la geografía física representada por de Martonne (1873-1955) que supone el principal soporte de lo que podría ser una escuela parisiense de geografía; por otro, la geografía regional que encuentra en Raoul Blanchard (1877-1955) a su gran codificador y a la personalidad dotada de suficiente relevancia como para dar lugar a una verdadera escuela de Grenoble; en tercer lugar, Albert Demangeon (1872-1940), el ruralista por excelencia de una Francia de paisajes y sistemas rurales tan cargados de significado como de estabilidad. Por cierto, se dan entre los tres geógrafos, o más exactamente, entre París y Grenoble, conflictos territoriales y/o científicos que gravitan sobre la evolución general.

Pero son los propios Claval y Sanguin quienes se encargan de complicar algo este esquema: presentan a Henri Baulig como contrapeso geomorfológico de Martonne; la autoridad en geografía regional de André Cholley con sus dos *Guide de l'étudiant de Géographie* de 1942 y 1950, sobre todo la primera; y un Demangeon al que no se puede reducir al mero ruralismo, de quien hay que valorar el funcionalismo y a cuyo nombre en geografía humana hay que añadir en seguida el de Max Sorre o el de Jean Brunhes y Pierre Deffontaines.

El otro esquema propuesto, en este caso para los tres últimos decenios del período considerado, es el de lo que los directores de la obra llaman la «*tetralogía ritual*» de la geografía clásica francesa: *geomorfología*, *geografía rural*, *geografía regional* y *geografía tropical*, ésta última más como prolongación colonial o postcolonial que como escapatoria a «*la geografía del hexágono*» francés en que se habría encerrado la geografía clásica, decididamente monolingüista e ignorante del enriquecimiento de las geografías extranjeras.

⁴ PINCHEMEL, Ph. (Dir.) (1984): *Deux siècles de géographie française*, Paris, Éditions du CTHS.

A partir de estas hipótesis, las contribuciones se organizan en cuatro partes. En la primera consagrada al «Contexto y a los principales rasgos» se revisan, sobre todo, diversas perspectivas de la geografía en la enseñanza y de las tentativas más o menos frustradas de actuación extraacadémica. La segunda está consagrada a profundizar en «Personalidades y Escuelas», confiriéndose un peso especial a Raoul Blanchard y la Escuela de Grenoble, pero no olvidándose ni de Meynier, ni de un Le Lannou que se habría «mediterraneado» durante su estancia en Lyon. La tercera se dedica en su totalidad al «género» de la geografía regional, mientras que la cuarta aborda «la diversificación de la geografía francesa»: geografía política, geografía tropical y los nuevos dominios geográficos (campos y ciudades, geografías periurbanas, geografía económica etc).

Lo cierto es que en estas dos últimas partes se vuelven a trazar por vía indirecta algunos retratos e itinerarios científicos y personales que se cuentan entre lo más valioso del libro. Por citar sólo algunos: Pierre George traza un agudo perfil de André Cholley a propósito de su etapa de catedrático de Geografía regional en la Sorbona hasta que sustituyó en 1945 a de Martonne como catedrático de Geografía física; «la travesía del desierto» de geógrafo político de Jean Gottmann, siempre a caballo entre América y Europa, es descrita con pluma apasionada por Sanguin; y las evocaciones de los geógrafos coloniales y tropicalistas Charles Robequain, Pierre Gourou y Pierre Monbeig, a cargo las dos primeras de Marion Solotareff que acierta a plantear la evolución de una geografía tropical que, de ser primero estudio económico de los recursos naturales de las colonias francesas, se convierte en aproximación ecologizante del entero mundo tropical a partir de la publicación de *Les Pays tropicaux* de Gourou en 1948.

La multiplicidad de temas y de autores haría difícil dar cuenta pormenorizada de todo. Por ello sólo quiero añadir a lo ya dicho algunos aspectos que pueden contribuir a entender mejor la evolución de la geografía española, puesto que tan pendiente estuvo en esta época del modelo francés.

El contexto institucional resulta relevante sobre todo para la geografía regional de Francia pero también para esa otra de los países de ultramar. Es Michel Chevalier el que aborda aspectos de la institucionalización académica de la geografía en el período de entreguerras. La principal idea que transmite es que, después de Vidal, se va consolidando una *geografía de enseñantes*, con algunos momentos clave: la asociación, en la licenciatura, estrecha pero desigual, de la geografía con la histo-

ria; la aparición con el gobierno de Vichy de una licenciatura y una agregación independientes, la consolidación, tras la Liberación, del *Centre National de la Recherche Scientifique* y, finalmente, el rápido crecimiento del número de plazas de enseñantes y de efectivos de estudiantes.

Algunos rasgos de esa considerada «*edad de oro de la geografía universitaria*» no pueden resultarnos indiferentes: una tasa de masculinidad casi total; una estabilidad en las plazas tan considerable como para identificar a determinadas personalidades con «su» región de trabajo: Blanchard con los Alpes, Faucher con los Pirineos y el Suroeste, Arbos con la Auverña, Meynier con Bretaña, etc; un régimen de profesor único y, por lo tanto, multifacético; un inicio de la carrera universitaria más lento que con anterioridad, hasta la desesperación en algunos casos de profesores destinados en Liceos lejanos; una geografía, sobre todo, que se repliega sobre el territorio metropolitano mucho más que antes de la primera guerra mundial hasta el punto de que continentes enteros le son ajenos en términos de investigación, precisamente cuando se está culminando la *Géographie Universelle*, obra maestra colectiva de la Escuela.

Con todo, se trata de una geografía universitaria a cargo del *reducido número de 27 geógrafos permanentes en 1939*, en el momento de estallar la segunda guerra mundial. Como bien dice Chevalier, en cuestión de obra y de calidad de resultados, sobran comparaciones con momentos posteriores y de efectivos más abultados.

En un trabajo muy documentado, Marie Claire Robic termina con el tópico de una geografía solo profesoral. Repasa algunos intentos de intervención fuera de las cátedras entre los años 1914 y 1950, particularmente intensos en los períodos de guerra y de postguerra: reconstrucción nacional, organización regional, ideología planificadora del régimen de Vichy, encuestas de ciencias sociales. Ejercicios de aplicación que no producen innovación conceptual o teórica, salvo algunos cuestionamientos de método como el interesantísimo de Cholley en el *Guide* de 1942 (ausente paradójicamente de la versión de 1950) o los de Gottmann, inspirados en la Geografía americana. A la hora de la verdad, es decir cuando la ordenación del territorio se organiza en Francia en los años cincuenta, los geógrafos son desplazados por profesionales técnicos más directamente vinculados a la acción pública. Robic propone algunas explicaciones: el peso de las Escuelas Politécnicas, la repatriación de los ingenieros militares y civiles y, sobre todo, *el repliegue profesoral de la Geografía* en parte debido al crecimiento permitido por la creación de la licenciatura

y de la agregación independientes de geografía, propiciadas por el régimen colaboracionista de Vichy.

En la enseñanza universitaria de la geografía y en la investigación no dejan de existir paradojas. No es la menor la progresiva separación de la geografía y de la historia en un marco institucional que las mantenía unidas (un «matrimonio de razón» en palabras de George), cuestión que estudia Robert Marconis de la Universidad de Toulouse. Víctimas de sus propios éxitos y, sobre todo, de sus dinámicas disciplinares, geografía e historia habrían ido divergiendo y la primera no se habría mostrado tentada por el proyecto de transdisciplinariedad entre ciencias sociales de Fernand Braudel. A la búsqueda de una identidad cada vez más difícil de hallar en un marco de solicitudes muy diversas, sería la geografía la que más se habría alejado.

Otra paradoja, esta vez en la enseñanza media. Isabelle Lefort, en un resumen de su tesis doctoral, pone de manifiesto cómo los programas de bachillerato invierten la metodología vidaliana: la geografía general se plantea antes que la geografía regional y las respuestas se dan antes de hacer las preguntas. De modo que el

«formateado escolar del discurso vidaliano muestra una mecánica del procedimiento científico que contribuye a suministrar una imagen codificada de un saber cerrado.» (pág. 84).

En cuanto a la relación de la geografía francesa de la época clásica con otras geografías y otros ámbitos, también se suministran en el libro algunas claves. La primera la del aislamiento: las dificultades del diálogo geográfico franco-alemán tienen motivos políticos, personales y científicos. La reputación internacional de la Geografía francesa iba a quedar consagrada en el Congreso de París de 1931. Pero, paradójicamente, ello contribuyó a aislarla: encabezó en el período de entreguerras la oposición a la incorporación de Alemania a la Unión Geográfica Internacional creada en 1922, alimentó enfrentamientos personales entre protagonistas (por ejemplo entre el muy nacionalista francés de Martonne y el pronazi Passarge), y el «síndrome Haushofer» interrumpió toda veleidad de reflexión geográfica en el dominio de la geografía política. Poco a poco, los geógrafos franceses perdieron el conocimiento de la lengua alemana sin adquirir el de la inglesa. Complicado con factores políticos, en cierto modo cabe decir que la geografía francesa de la época clásica es víctima de su propio éxito.

En este panorama de progresivo aislamiento por razones institucionales, científicas, políticas y personales, son, sin embargo, también las instituciones las que contribuyen a crear el marco de trabajo de la brillante geo-

grafía tropical francesa: al principio se trata sólo de los destinos en Liceos de países bajo dominio francés (el caso de Pierre Gourou iniciando su tesis sobre los campesinos del delta del Tonkin mientras era profesor del Liceo de Hanoi es ejemplar); pero después, en 1938 se crea el I.F.A.N. (*Institut Français pour l'Afrique Noire*) y en 1943 el O.R.S.O.M. convertido en seguida en O.R.S.T.O.M. (*Office pour la Recherche Scientifique des Territoires d'Outre Mer*). Allí los geógrafos frecuentan a agrónomos, biólogos, edafólogos, etnólogos, sociólogos, etc, y a pocos economistas, por lo que la geografía tropical se desenvuelve con tendencia ecologizante a base de monografías locales, estudios comparativos, análisis de medios y sociedades, sin dar un giro hacia una óptica tercermundista hasta 1968. La transposición del método vidaliano del estudio regional a los medios tropicales no es anodina: va acompañada de una profunda modificación en la percepción de los países tropicales que culmina en 1959» (pág. 257).

Una relación privilegiada de los medios universitarios franceses con Iberoamérica está también cargada de consecuencias geográficas: se trata de la misión francesa para poner en marcha la Universidad de Sao Paulo. Allí estuvo de 1936 a 1946 Henri Monbeig a quien la guerra civil española había impedido llevar a cabo una tesis sobre las Baleares. Allí estuvo también con menor continuidad Deffontaines. Tuvieron ocasión de frecuentar a Braudel, Lévi-Strauss, Bastide, y otros muchos, y de poder por ello participar en la creación del I.H.E.A.L. (*Institut des Hautes Études d'Amérique Latine*).

De donde surge una vocación americanista de la geografía francesa, prolongación del hispanismo propiciado antes de la guerra por el *Institut des Hautes Études Hispaniques*, que ayuda a relativizar esa imagen de una geografía encerrada en los límites del hexágono. A lo que habría que añadir la relación también privilegiada que unió a Blanchard y a otros con Québec y la geografía de Canadá.

A la hora de hacer balance me quedan algunos interrogantes sin resolver. El primero es el que acabo de mencionar: el espléndido ensimismamiento de la geografía francesa en el estudio regional de la propia Francia acaba siendo algo relativo, como algunos textos se ocupan de demostrar. Otra cuestión tiene que ver con la misma esencia de la geografía regional. Claval añade a las acusaciones de rigideces de método bien conocidas, otras carencias que habrían de pasarle factura: la ignorancia de la que hace gala la geografía regional de las identidades regionales, de la carga simbólica de los lugares, de la densidad de la vida social; una distribución

regional de Francia nunca verdaderamente discutida porque estaba calcada sobre el molde de las grandes regiones naturales; y, sobre todo, el menosprecio llamativo que mostró la geografía regional hacia las circunstancias administrativas, en las que los geógrafos no pudieron evitar seguir viendo divisiones arbitrarias y artificiales del espacio. ¿Residirá en estas carencias la enorme paradoja de que los geógrafos, que han dedicado lo mejor de su quehacer a estudiar y tipificar regiones, queden escandalosamente ausentes del debate político y social para la división regional? Sin duda lo estuvieron en Francia, pero ¿y en España?

Algo parecido ocurre con la ordenación del territorio. ¿Qué pensar de una disciplina requerida en momentos clave de la historia del primer tercio de este siglo para reflexiones territoriales, y que queda postergada, si no excluida, de la práctica de la ordenación cuando ésta se organiza y se consolida? ¿Reside toda la responsabilidad en un conocimiento que se encierra en la enseñanza secundaria y universitaria hasta casi confundirse el desarrollo disciplinar con las carreras académicas? No faltaron deseos ni contradicciones. Las palabras que, al parecer, pronunció Blanchard, uno de los geógrafos más comprometidos con la vida regional, dirigidas a sus colegas belgas en un seminario de geografía de la Universidad de Lieja, son expresivas de una frustración crónica:

«¿Qué suerte tienen! Su gobierno les aprecia y les emplea. Les envidio porque no se nos pide nada semejante en Francia, donde el gobierno y la administración nos ignoran. Francia posee actualmente la mejor escuela de geografía del mundo y, sin embargo, está totalmente subutilizada.» (pág. 125).

Termino con dos comentarios. En un capítulo final de recapitulación y balance, André-Louis Sanguin plantea las cosas en términos de que la geografía habría llevado a cabo en este siglo una traslación sin precedentes científicos, desde el campo de las ciencias naturales al de las ciencias sociales. «Al migrar de las ciencias de la naturaleza a las de la sociedad, la geografía ha efectuado un recorrido rarísimo en el seno de las grandes ciencias.» (pág. 341). Sin poner en duda la tendencia general, me parece que el libro comentado suministra numerosos ejemplos de que no se puede hacer una lectura tan lineal y esquemática, que los autores y textos que se estudian muestran una concepción mucho más imbricada, no tipificable en esos términos.

Finalmente, todo el libro está recorrido por el diagnóstico de esclerosis en la práctica geográfica clásica de la segunda etapa. Y, sin embargo, en casi todos los capítulos se desmiente en parte esta imagen, para transmitir la

idea de que sigue siendo un placer leer a los clásicos, que sus obras están henchidas de ideas, de hallazgos, de rigor interpretativo que, en algunos casos, conservan lozanía y oportunidad. Paradójicamente, lo que más queda tras leer lo que aquí se califica de paso de la época dorada a la época negra de la geografía francesa es el deseo de leer a sus autores, de releer a los clásicos.— JOSEFINA GÓMEZ MENDOZA

*Algo más que una historia de la Unión Geográfica Internacional**

En el XXVIII Congreso Internacional de Geografía, organizado por la Unión Geográfica Internacional y celebrado en La Haya entre el 4 y el 10 de agosto 1996, se ha presentado un libro que narra la historia de la UGI y de los congresos internacionales. La ocasión coincidía también, como recuerda en las palabras preliminares el presidente de la Unión, Hermann Th. Verstappen, con el 125 aniversario de los Congresos de Geografía, ya que el primero se celebró en Amberes en 1871.

La iniciativa ha correspondido a la Comisión de «Historia del pensamiento geográfico» que en su reunión en Bundanoon con motivo del Congreso de Sydney de 1984, decidió actualizar el volumen publicado en 1972 bajo la dirección de su presidente entre los años 1968 y 1980, Philippe Pinchemel, con el título: *La géographie à travers un siècle de congrès internationaux*. La obra ha sido llevada a cabo por el equipo de investigación *Epistémologie et Histoire de la Géographie* del *Centre de Géohistoire de Paris* perteneciente al *Centre National de la Recherche Scientifique*, creado por el mismo Pinchemel y que ahora dirige Marie Claire Robic, directora también de la obra que comentamos.

Géographes face au monde es más que una historia de las vicisitudes de la Unión Geográfica Internacional y de sus Congresos, con ser esto ya mucho. Suministra la información necesaria y propone la reflexión crítica oportuna para reconocer las claves de una evolución que ha hecho de la geografía en estos 125 años una disciplina más académica y más desprofesionalizada, en beneficio de la formación de enseñantes y de la consolidación

* ROBIC (Marie Claire), BRIEND (Anne-Marie) et ROSSLER (Mechtild): *Géographes face au monde. L'Union Géographique Internationale et les Congrès Internationaux de Géographie*, Paris, l'Harmattan, Col. Histoire des Sciences Humaines, 1996, 464 págs.